

Prólogo

*M*arcus Holroyd siempre estaba solo.

Su madre murió cuando él tenía cuatro años, aunque, sorprendentemente, esto tuvo muy poco efecto en su vida. La condesa de Chatteris crió a su hijo de la misma forma como su madre la crió a ella y a sus otros hijos: desde lejos. No era irresponsable, no. Se esmeró muchísimo, y con orgullo, en encontrar a la mejor niñera para el heredero recién nacido de su marido. La señorita Pimm ya pasaba de los cincuenta años y había sido niñera de dos herederos de ducado y de un vizconde. Lady Chatteris le puso el bebé en los brazos, le recordó que el conde no toleraba las fresas y por lo tanto era probable que el bebé tampoco las tolerara, y luego se marchó a disfrutar de la temporada de Londres.

En el momento de su muerte, Marcus había visto a su madre exactamente en siete ocasiones.

A lord Chatteris le gustaba más la vida en el campo que a su esposa, por lo tanto residía con más frecuencia en Fensmore, la enorme y laberíntica casa Tudor, sita en la zona norte de Cambridgeshire, que había sido la casa de los Holroyd a lo largo de generaciones. Pero criaba a su hijo tal como su padre lo crió a él, lo que equivale a decir que aparte de ocuparse de que al niño lo pusieran sobre el lomo de un caballo a los tres años, no veía ningún motivo para molestarse con él hasta que tuviera la edad para llevar una conversación pasablemente inteligente.

El conde no tenía el menor deseo de volver a casarse, aun cuando le advirtieron que debería tener otro hijo, como heredero de recambio. Él miró a Marcus y vio que era un niño inteligente, de excelente

constitución para los deportes y bastante bien parecido. Más importante aún, era tan sano como un caballo. No habiendo ningún motivo para suponer que Marcus se metería en algún jaleo y moriría, el conde no vio ninguna necesidad de someterse a otra ronda de búsqueda de esposa o, peor aún, a otra esposa. Decidió invertir en su hijo.

Marcus tuvo los mejores preceptores. Recibió instrucción en absolutamente todo lo que abarca la educación de un caballero. Conocía por su nombre todas las plantas y animalitos autóctonos de la zona; cabalgaba como si hubiera nacido sobre una silla de montar y, si bien no se llevaría el primer premio en las competiciones de esgrima y tiro al blanco, sus habilidades estaban bien por encima del promedio. Sabía hacer largas multiplicaciones y sumas sin desperdiciar ni siquiera una gota de tinta. Sabía leer en latín y en griego.

A los doce años.

Y, tal vez por coincidencia, esa fue la edad en que su padre razonó que podría ser capaz de llevar una conversación decente.

También fue la edad en que su padre decidió que debía dar el siguiente paso en su educación, que consistía en dejar Fensmore para entrar en el colegio Eton, donde todos los niños Holroyd comenzaban su educación formal. Casualmente esto resultó ser la circunstancia más feliz de la vida del niño. Porque lo que Marcus Holroyd, heredero del condado de Chatteris, no tenía era amigos.

Ni uno solo.

En el norte de Cambridge no había niños con los que Marcus pudiera jugar. La familia noble más cercana eran los Crowland, y sólo tenían hijas. La siguiente mejor familia eran de la aristocracia rural terrateniente, y habría sido aceptable en esas circunstancias, pero sus hijos no eran de la edad que convenía. Y Lord Chatteris no iba a tolerar que su hijo se relacionara con campesinos, así que sencillamente contrató más preceptores. Un niño muy ocupado no puede ser un niño solitario y, además, ningún hijo suyo podría desear correr por los campos en compañía de los pendencieros hijos del panadero.

Si el conde le hubiera pedido la opinión a Marcus podría haber recibido una respuesta diferente. Pero veía a su hijo sólo una vez al

día, justo antes de la comida del atardecer. La entrevista duraba unos diez minutos y después Marcus subía a la sala para los niños y el conde se iba al comedor formal. Y eso era todo.

Mirando en retrospectiva, fue nada menos que extraordinario que Marcus no se sintiera absolutamente desgraciado en Eton. No tenía ni la menor idea de cómo relacionarse con sus compañeros. El primer día, mientras todos los demás niños corrían de aquí para allá como un hatajo de salvajes (según el ayuda de cámara de su padre, que lo fue a dejar), él se mantenía a un lado, tratando de no parecer sorprendido, intentando aparentar que él «quería» mantenerse apartado, mirando hacia otro lado.

No sabía qué hacer. No sabía qué decir.

Pero Daniel Smythe-Smith sí que lo sabía.

Daniel Smythe-Smith, además de ser el heredero del condado de Winstead, tenía cinco hermanas y treinta y dos primos de primer grado, chicos y chicas. Si había un niño que sabía relacionarse con los demás niños, era él. A las pocas horas ya era el rey indiscutible entre los niños menores de Eton. Tenía don de gentes, una sonrisa llana, una simpática seguridad en sí mismo y una absoluta falta de timidez. Era un líder nato, capaz de tomar decisiones con la misma rapidez con que hacía bromas.

Le asignaron la cama junto al lado de la de Marcus.

No tardaron en hacerse buenos amigos, y cuando Daniel lo invitó a su casa a pasar los primeros días festivos, Marcus fue. La familia de Daniel vivía en Whipple Hill, que no estaba muy lejos de Windsor, así que le resultaba fácil viajar a casa con frecuencia. Marcus, en cambio, bueno, no era que viviera en Escocia, pero le llevaba más de un día llegar al extremo norte de Cambridgeshire. Además, su padre nunca iba a casa a pasar los días festivos poco importantes y no veía ningún motivo para que su hijo lo hiciera.

Así pues, cuando llegaron los siguientes días festivos y Daniel volvió a invitarlo, Marcus fue.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez, hasta que empezó a pasar más tiempo con los Smythe-Smith que con su familia. Claro que su familia sólo la formaba una persona, pero de todos modos si se paraba a pensarlo (y lo pensaba, con bastante frecuencia), pasaba más tiempo con cada miembro de la familia Smythe-Smith que con su padre.

Incluso con Honoria.

Honoria era la hermana menor de Daniel. A diferencia de los demás Smythe-Smith, no tenía ningún hermano de edad cercana a la suya. Era la última de la familia, separada de los demás por sus buenos cinco años, tal vez fruto de un feliz accidente para coronar la maravillosa carrera procreativa de lady Winstead.

Pero cinco años son un abismo muy grande, sobre todo teniendo seis años, que era la edad que tenía Honoria cuando Marcus la conoció. Sus tres hermanas mayores ya estaban casadas o comprometidas en matrimonio, y Charlotte, que tenía once años, no quería tener nada que ver con ella. Daniel tampoco quería tener nada que ver con ella, pero, tal vez debido a su ausencia, Honoria le había tomado, ridículamente, muchísimo cariño, porque cuando iba a casa lo seguía por todas partes como un cachorrito.

Una vez que iban de camino al lago intentando eludirla, Daniel le dijo:

—No establezcas contacto visual con ella. Si te das por enterado de su presencia, se acaba todo.

Caminaban a paso enérgico mirando al frente. Iban a pescar, y la última vez que los acompañó Honoria, les volcó el bote con los gusanos y los perdieron todos.

—¡Daniel! —gritó ella.

—No le hagas caso —masculló este.

—¡¡Daniel!! —volvió a gritar ella, más fuerte, un verdadero alarido. Daniel se estremeció.

—Más rápido —dijo—. Si logramos entrar en el bosque no nos encontrará.

—Sabe dónde está el lago —señaló Marcus.

—Sí, pero...

—¡¡Danieeel!!

—... sabe que madre pedirá su cabeza si entra sola en el bosque. Aunque no es tan tonta para decírselo a madre.

—Dan... —alcanzó a decir ella y luego, con una voz tan patética que hacía imposible no girarse a mirarla, dijo—: ¿Marcus?

Él se giró.

—¡Noooooo! —gimió Daniel.

—¡Marcus! —exclamó Honoria feliz, y saltando llegó hasta ellos, deteniéndose con un último bote—. ¿Qué vais a hacer?

—Vamos a pescar —gruñó Daniel—, y tú no vienes.

—Pero si a mí me gusta pescar.

—A mí también. Sin ti.

A ella se le arrugó la cara.

—No llores —se apresuró a decir Marcus.

—Está fingiendo —dijo Daniel, sin impresionarse.

—¡No estoy fingiendo!

—No llores —repitió Marcus, porque, de verdad, eso tenía que ser lo más importante.

—No lloraré —dijo ella, agitando las pestañas— si me dejáis ir con vosotros.

¿Cómo sabía agitar las pestañas una niña de seis años? O tal vez no lo sabía, porque un momento después se estaba frotando el ojo, y retorciéndose.

—¿Qué pasa ahora?

—Me entró algo en el ojo.

—Igual fue una mosca —dijo Daniel astutamente.

Honoria chilló.

—Tal vez decir eso no fue lo mejor —señaló Marcus.

—Sácamela, sácamela —chilló ella.

—Vamos, tranquila —dijo Daniel—. Estás muy bien.

Pero ella siguió chillando, golpeándose la cara. Finalmente, Marcus le cogió las manos, se las puso en las sienes, sujetándoselas firmemente con las suyas e inmovilizándole la cabeza.

—Honoria —dijo, con firmeza—. ¡Honoria!

Ella pestañeó, hizo una brusca inspiración y finalmente se quedó quieta.

—No tienes ninguna mosca —le dijo él.

—Pero...

—Debió ser una pestaña.

Ella abrió la boca formando una pequeña O.

—¿Te puedo soltar?

Ella asintió.

—¿No comenzarás a chillar?

Ella negó con la cabeza.

Marcus apartó lentamente las manos y retrocedió un paso.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó ella, entonces.

—¡No! —exclamó Daniel, casi en un aullido.

Y, dicha sea la verdad, Marcus tampoco deseaba su compañía. Tenía seis años, y era una chica.

—Vamos a estar muy ocupados —explicó, aunque él no sentía la indignación de Daniel.

—¿Por favor?

A Marcus se le escapó un gemido. La niña se veía muy triste con las mejillas mojadas por las lágrimas. El pelo castaño claro, peinado hacia atrás con la raya a un lado y sujeto por una especie de cinta para el pelo, le caía lacio hasta más abajo de los hombros. Sus ojos, grandes y de un color casi igual a los de Daniel, un impresionante azul con un leve matiz púrpura, estaban mojados y...

—Te dije que no establecieras contacto visual —dijo Daniel.

Marcus gimió.

—Tal vez sólo esta vez.

—¡Yupi! —exclamó ella, pegando un salto que lo hizo pensar en un gato sorprendido, y le dio un impulsivo abrazo (afortunadamente, corto)—. Uy, ¡gracias, Marcus! Eres el mejor. El mejor de los mejores. —Entrecerrando los ojos miró a Daniel con una expresión aterradoramente adulta—. A diferencia de ti.

—Me enorgullece ser el peor de todos —dijo este, con una expresión igualmente maligna.

—No me importa —declaró ella, y le cogió la mano a Marcus—. ¿Vamos?

Él le miró la mano cogida a la de él. La sensación era absolutamente nueva, y sintió un extraño y bastante desagradable revoloteo en el pecho, que, tardíamente comprendió, era terror. No recordaba ni una sola vez que alguien le hubiera cogido la mano. ¿Su niñera, tal vez? No, a esta le gustaba cogerle la muñeca; así lo sujetaba mejor, la oyó decirle una vez al ama de llaves.

¿Su padre? ¿Su madre, alguna vez antes de morir?

Le retumbaba el corazón, y notó resbaladiza la pequeña mano de Honoria. Debía ser por el sudor, de él o de ella, aunque estaba bastante seguro que era el suyo.

La miró. Ella lo estaba mirando con una ancha sonrisa en la cara. Le soltó la mano.

—Esto... ahora démonos prisa —dijo, sintiéndose torpe—, para pescar mientras aún haya buena luz.

Los dos Smythe-Smith lo miraron extrañados.

—Sólo es mediodía —dijo Daniel—. ¿Cuánto tiempo deseabas estar pescando?

—No lo sé —repuso Marcus, a la defensiva—. Podría llevarnos un buen rato.

Daniel negó con la cabeza.

—Padre acaba de abastecer de peces el lago. Igual podrías coger uno simplemente moviendo una bota en el agua.

Honoria emitió una exclamación de regocijo.

Al instante él se giró a mirarla.

—Ni lo pienses. Si mis botas acaban en cualquier lugar cerca del agua te juro que te ahogaré y te descuartizaré.

Ella hizo un morro y miró hacia el suelo, mascullando:

—Estaba pensando en «mis» botas.

A Marcus se le escapó un borboteo de risa. Al instante ella lo miró con expresión muy dolida, como si la hubiera traicionado.

—Tendría que ser un pez muy pequeño —se apresuró a decir él.

Al parecer eso no la satisfizo.

—No se pueden comer cuando son tan pequeños —probó él, para aplacarla—. Sólo son pura espina.

—Vamos —masculló Daniel.

Y echaron a caminar, internándose en el bosque a paso enérgico, ella moviendo los pies al doble de velocidad para no quedar atrás.

—La verdad es que a mí no me gusta el pescado —dijo ella de pronto, en medio de un ininterrumpido parloteo—. Huele mal y tiene un sabor horrendo.

Y después, cuando ya venían de vuelta:

—... sigo pensando que ese rosado se veía bastante grande para comerlo. Si a uno le gusta el pescado, que a mí no. Pero si me gustara el pescado...

—Nunca más vuelvas a invitarla a venir con nosotros —le dijo Daniel a Marcus.

—... que no me gusta. Pero creo que a madre le gusta el pescado. Y estoy segura de que le gustaría uno rosado...

—No, nunca más —repuso Marcus.

Encontraba que era el colmo de la grosería criticar a la niñita, pero era agotadora.

—... aunque a Charlotte no le gustaría. Charlotte detesta el color rosa. No le gusta vestir de rosa; dice que la hace verse demacrada. No sé qué quiere decir demacrada, pero tiene que ser algo desagradable. A mí me gusta el lavanda.

Daniel y Marcus exhalaban suspiros idénticos, y habrían seguido caminando si Honoria no se hubiera puesto de un salto delante de ellos, sonriendo de oreja a oreja.

—Hace juego con mis ojos.

—¿El pescado? —preguntó Marcus, mirando el contenido del balde que llevaba.

Había tres truchas de buen tamaño dándose golpes en los lados del balde. Llevarían más si Honoria no lo hubiera volcado con un casual puntapié, arrojando de vuelta al lago las dos primeras pescadas por Daniel.

—No. ¿No estabas escuchando?

Marcus recordaría siempre ese momento. Era la primera vez que se enfrentaba a la más fastidiosa de las rarezas femeninas: la pregunta a la que jamás se puede responder bien.

—El lavanda hace juego con mis ojos —dijo Honoria, con mucha autoridad—. Mi padre me lo dijo.

—Entonces debe ser cierto —dijo Marcus, aliviado.

Ella se enrolló un mechón en el dedo, pero el rizo se deshizo al instante cuando lo soltó.

—El marrón hace juego con mi pelo, pero yo prefiero el lavanda.

Marcus dejó el balde en el suelo, pues pesaba bastante y el asa se le estaba empezando a enterrar en la palma.

—Ah, no —dijo Daniel, cogiendo el balde con la mano libre y pasándoselo—. Tenemos que llegar a casa. —Miró a Honoria indignado—. Apártate de nuestro camino.

—¿Por qué eres simpático con todo el mundo menos conmigo?

—¡Porque eres una pelma! —gritó él.

Eso era cierto, pero de todos modos Marcus sintía pena por ella; a veces. Prácticamente era una niña sola, y él sabía exactamente lo que eso la hacía sentir. Lo único que deseaba era participar en las cosas, ser incluida en los juegos y fiestas y en todas esas actividades para las que, como continuamente le repetía su familia, todavía era demasiado pequeña.

Honoría aceptó ese golpe verbal sin inmutarse. Continuó quieta, mirando a su hermano con una expresión maligna. Después sorbió por la nariz en una larga y sonora inspiración.

Marcus deseó tener un pañuelo.

—Marcus —dijo ella, girándose hacia él, en realidad para darle la espalda a su hermano—. ¿Aceptarías la invitación a tomar un té conmigo?

Daniel emitió una risita.

—Traeré mis mejores muñecas —continuó ella, totalmente seria. «Buen Dios, cualquier cosa menos eso.»

—Y tendremos pasteles —añadió después, con una vocecita gazonosa que lo asustó de muerte.

Marcus miró aterrado a Daniel, pero no le sirvió de nada.

—¿Bien?

—No —soltó él.

Ella lo miró con unos ojos solemnes.

—¿No?

—No puedo. Estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

Marcus se aclaró la garganta; dos veces.

—Cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas. —Se sintió fatal porque no había sido su intención ser tan inflexible—. Con Daniel tenemos planes. —A ella se le contrajo la cara por la congoja; le temblaron los labios, y él tuvo la impresión de que, por una vez, no era fingido—. Lo siento —añadió.

Porque no había sido su intención herirle los sentimientos. Pero, por el amor de Dios, ¡un té! No había ningún chico de doce años vivo que deseara asistir a un té.

Y con muñecas.

Se estremeció.

A Honoria se le puso roja de furia la cara; se giró bruscamente a mirar a Daniel, diciendo:

—Tú lo obligaste a decir eso.

—No he dicho ni una sola palabra.

—Te odio —dijo ella con la voz ronca—. Os odio a los dos. ¡Os odio! —gritó—. ¡Sobre todo a ti, Marcus! ¡Te odio! ¡Te odio!

Entonces se dio media vuelta y echó a correr hacia la casa, a toda la velocidad que le permitían sus flacas piernas, que no era mucha. Marcus y Daniel continuaron donde estaban, observándola en silencio.

Cuando ella ya estuvo lo bastante cerca de la casa, Daniel hizo un gesto de asentimiento, y dijo:

—Te odia. Eres oficialmente un miembro de la familia.

Y lo era. Desde ese momento lo fue.

Hasta la primavera de 1821, cuando Daniel fue y lo estropeó todo.

Capítulo 1

Marzo de 1824
Cambridge, Inglaterra

Lady Honoria Smythe-Smith estaba desesperada.

Desesperada por tener un día soleado, desesperada por encontrar un marido, desesperada, pensó, exhalando un suspiro de agotamiento y mirándose los zapatos azules estropeados, por un par de zapatos nuevos.

Estaba sentada cansinamente en el banco de piedra fuera del Tobacco Shoppe for Discerning Gentlemen del señor Hilleford, con la espalda apoyada contra la pared, desesperada (otra vez esa horrible palabra) por poder proteger todo su cuerpo bajo el toldo. Estaba cayendo un aguacero. Aguacero. No una llovizna, no una simple lluvia, sino un aguacero, de esos en que, como reza el dicho, caen gatos, perros, ovejas y caballos.

Y, la verdad, era tal la fuerza de la lluvia que no se habría sorprendido de ver caer un elefante del cielo.

Además, el lugar apestaba. Había creído que los cigarros producían el olor más desagradable para ella, pero no, el olor del moho era peor, y de la pared del Tobacco Shoppe para Caballeros a los que no les Importa que se les Pongan Amarillos los Dientes, salía una sospechosa sustancia negra que olía a muerto.

De verdad, ¿podría ser peor la situación?

Ah, pues sí. Sí. Porque (claro) estaba absolutamente sola, y en apenas treinta segundos las gotas de lluvia pasaron a convertirse en un

aguacero. Sus acompañantes en esa salida de compras estaban felizmente refugiadas enfrente, en el agradable y acogedor Fancy Emporium of Ribbons and Trinkets de la señorita Pilaster, que, además de tener todo tipo de adornos y chucherías para entretenerse mirando, olía muchísimo mejor que la tienda del señor Hilleford.

La señorita Pilaster vendía perfumes. La señorita Pilaster vendía pétalos de rosa secos y velitas con olor a vainilla.

El señor Hilleford criaba mohó.

Exhaló un suspiro: así era su vida.

Se había quedado demasiado tiempo mirando el escaparate de una librería, diciéndole a sus amigas que dentro de uno o dos minutos se reuniría con ellas en la tienda de la señorita Pilaster. Los dos minutos se convirtieron en cinco, y justo cuando se preparaba para atravesar la calle, se abrieron los cielos y no tuvo más remedio que refugiarse bajo el único toldo abierto en el lado sur de la calle principal de Cambridge.

Tristemente contempló la lluvia que azotaba la calle; las gotas caían con inmensa fuerza, salpicando y pulverizándose en el aire como pequeñas explosiones. El cielo se estaba oscureciendo más y más, y, como buena conocedora del clima inglés, sabía que en cualquier momento se levantaría viento y el agua dejaría totalmente inútil el pequeño espacio en que estaba refugiada.

Abatida, apretó los labios y miró hacia el cielo.

Tenía los pies mojados.

Tenía frío.

Además, jamás en toda su vida había salido de las fronteras de Inglaterra, lo que significaba que sí era buena conocedora del clima inglés y que dentro de tres minutos estaría peor aún que en ese momento.

Y, la verdad, nunca se había imaginado que eso fuera posible.

—¿Honoría?

Vamos, santo cielo, lo único que le faltaba para aumentar su aflicción: Marcus Holroyd, el conde de Chatteris, contento y seco en su lujoso coche. Sintió bajar la mandíbula, aunque en realidad no sabía por qué eso la sorprendía. Marcus vivía en Cambridgeshire, no muy lejos de la ciudad. Más aún, si alguien tenía que toparse con ella cuan-

do parecía un animalito de la variedad roedor mojado y con el pelaje enmarañado, sería él.

—Buen Dios, Honoria —le dijo, mirándola ceñudo, de esa manera altanera tan propia de él—, debes de estar congelada.

Ella logró hacer un leve encogimiento de hombros.

—Está algo fresco.

—¿Qué haces aquí?

—Estropear zapatos.

—¿Qué?

—De compras con las amigas —dijo ella, haciendo un gesto hacia el otro lado de la calle—, y primas.

Eso no significaba que sus primas no fueran amigas también, pero tenía tantas que casi formaban una categoría propia.

Él abrió otro poco la portezuela.

—Sube.

No dijo «Sube, por favor» o «Debes secarte, sube, por favor», sino solamente «Sube».

Otra chica podría haber agitado la cabeza echándose atrás el pelo y dicho: «No tienes por qué darme órdenes». Otra algo menos orgullosa podría haberlo pensado aun cuando no tuviera el valor para decirlo. Pero ella tenía frío y valoraba más su comodidad que su orgullo, y, aún más, si el que se lo decía era Marcus Holroyd, al que conocía desde que ella vestía delantal.

Desde los seis años, para ser exactos.

Y tal vez esa fue la edad en que ella consiguió por última vez estar en ventaja, pensó, haciendo un mal gesto. A los siete años era tan fastidiosa que él y su hermano Daniel comenzaron a llamarla Mosquito. Cuando ella les aseguró que eso lo consideraba un cumplido, porque le encantaba lo exótico y peligroso que sonaba el apodo, ellos sonrieron burlones y lo cambiaron por Chinche.

Y Chinche había sido desde entonces.

Además, también la había visto más mojada aún. La había visto totalmente empapada, cuando tenía ocho años, un día en que creía que estaba muy bien escondida entre las ramas del viejo roble en Whipple

Hill. Marcus y Daniel habían construido un fortín al pie del árbol, al que no podía entrar ninguna niña. Le arrojaron guijas hasta que ella se soltó de la rama y cayó.

Pensándolo en retrospectiva, no debería haber elegido la rama que colgaba sobre el lago.

Y fue Marcus el que la sacó del agua, lo que era más de lo que podía decir de su hermano.

Marcus Holroyd, pensó pesarosa. Estaba en su vida casi desde que tenía memoria. Desde antes que fuera lord Chatteris, desde antes que Daniel fuera lord Winstead, desde antes que Charlotte, la hermana que más se le acercaba en edad, se casara y se marchara de casa.

Desde antes que Daniel se marchara también.

—Honoría.

Lo miró; su voz sonó impaciente pero en su cara vio un asomo de preocupación.

—Sube —repitió él.

Ella asintió y se cogió de la enorme mano que le ofrecía para ayudarla a subir.

—Marcus —dijo, tratando de sentarse con toda la elegancia y despreocupación que exhibiría en un elegante salón, sin pensar en los charcos que dejaban sus pies—. Qué agradable sorpresa verte.

Él se limitó a mirarla, frunciendo levemente el ceño. Sin duda estaba intentando decidir cual sería la manera más eficaz de regañarla.

—Estoy pasando unos días en la ciudad, con los Royle —le explicó, aun cuando él no se lo había preguntado—. Llevamos cinco días aquí, Cecily Royle, mis primas Sarah e Iris* y yo. —Dejó pasar un momento por si veía algún destello de reconocimiento en sus ojos, y entonces añadió—: No recuerdas quiénes son, ¿verdad?

—Tienes muchísimas primas.

—Sarah es la que tiene el pelo y los ojos tupido y oscuros.

—¿Ojos tupidos? —musitó él, esbozando una leve sonrisa.

—Marcus.

* Iris se pronuncia «airis».

Él se rió.

—Muy bien, pelo tupido, ojos oscuros.

—Iris es muy blanca. Pelo rubio fresa. ¿Todavía no la recuerdas?

—Es de una familia de flores.

Ella frunció el ceño. Cierto que sus tíos William y Maria habían elegido nombres de flores para sus hijas: Rose, Marigold, Lavender, Iris y Daisy, pero de todos modos.

—Sé quien es la señorita Royle —dijo él.

—Es tu vecina. Tienes que saber quién es.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—En todo caso, estamos aquí en Cambridge porque la madre de Cecily pensó que a todas nos convenía un poco de instrucción.

Él curvó la boca en una sonrisa vagamente burlona.

—¿Instrucción?

Honoría pensó por qué las mujeres siempre necesitaban instrucción mientras que los hombres iban al colegio.

—Sobornó a dos profesores para que nos permitieran ir a escuchar sus clases.

—¿Sí?

Parecía curioso. Y dudoso.

—La vida y la época de la reina Isabel —recitó ella, obedientemente—, y después algo en griego.

—¿Habláis griego?

—No, ninguna de nosotras. Pero el profesor de griego fue el único otro que se mostró dispuesto a hablar con mujeres. —Puso los ojos en blanco—. Nos va a dar dos charlas seguidas. Tenemos que esperar en una oficina hasta que los alumnos salgan de la sala de clases, no sea que nos vean y pierdan totalmente la razón.

Marcus asintió, pensativo.

—Es casi imposible que un caballero logre concentrarse en sus estudios en presencia de tan avasalladora belleza femenina.

A ella le pareció que él se puso serio unos dos segundos. Sólo alcanzó a echarle una mirada de reojo y soltó un bufido de risa:

—Vamos, por favor —dijo, dándole un leve golpe en el brazo.

Esa familiaridad era inaudita en Londres, pero ahí, con Marcus... Después de todo él era prácticamente su hermano.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó él.

—Está bien.

Aunque en realidad no lo estaba. Lady Winstead nunca se había recuperado del escándalo de que obligaran a Daniel a marcharse del país. Alternaba entre molestarse por supuestos desaires y simular que su único hijo no había existido jamás.

Era... difícil.

—Desea retirarse a Bath —añadió—. Su hermana vive ahí y creo que las dos se llevarían bien. En realidad no le gusta Londres.

—¿A tu madre? —preguntó Marcus, algo sorprendido.

—No como antes —aclaró ella—. No le gusta desde que Daniel... bueno, ya sabes.

Marcus apretó las comisuras de los labios. Lo sabía.

—Cree que la gente sigue hablando de eso —explicó ella.

—¿Y hablan?

Honorina se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Yo creo que no. Nadie me ha vuelto la espalda. Además, ya hace casi tres años. ¿No crees que todos tienen otras cosas de qué hablar?

—Yo diría que ya tenían otras cosas de qué hablar cuando ocurrió —dijo él sombríamente.

Honorina arqueó una ceja al mirar su ceño. Ahí estaba el motivo de que ahuyentara a tantas debutantes. Sus amigas le tenían terror.

Bueno, eso no era del todo cierto. Sólo se asustaban cuando estaban en su presencia. El resto del tiempo se sentaban ante sus escritorios a escribir sus nombres enlazados con el de él, en letras con ridículos bucles y luego los adornaban con corazones y querubines.

Marcus Holroyd era todo un premio matrimonial.

Y no porque fuera guapo, porque en realidad no lo era. Tenía el pelo de un hermoso color oscuro. Y los ojos también. Pero había un algo en su cara que ella encontraba severo. Tenía las cejas demasiado tupidas y rectas, sus ojos eran demasiado profundos, algo hundidos.

De todos modos, había algo en él que llamaba la atención. Una especie de reserva, un asomo de desdén, como si sencillamente no tolerara las tonterías.

Eso volvía locas por él a las chicas, aun cuando la mayoría eran la tontería personificada.

Hablaban en susurros acerca de él, como si fuera un misterioso héroe de cuento, o, por el contrario, el villano, todo gótico y misterioso, que sólo necesitaba que una damisela lo redimiera.

Mientras que para ella él era sencillamente Marcus, lo que en realidad no tenía nada de sencillo. Detestaba su manera de mirarla, con ese aire de superioridad, esa expresión desaprobadora. La hacía sentirse como se sentía años atrás, una niña molesta, pesada, o una adolescente desgarbada.

Sin embargo, encontraba tremendamente agradable, consolador, tenerlo cerca. Sus caminos ya no se cruzaban con tanta frecuencia como antes. Todo era diferente desde que Daniel se marchó, pero cuando entraba en una sala y estaba él...

Ella lo notaba al instante.

Y, curiosamente, eso era bueno.

—¿Tienes pensado ir a Londres a pasar la temporada? —le preguntó amablemente.

—Una parte —repuso él, con la cara inescrutable—. Tengo asuntos que atender ahí.

—Claro.

—¿Y tú?

Ella pestañeó.

—¿Piensas ir a Londres a pasar la temporada?

A ella se le abrió sola la boca. No lo preguntaría en serio, ¿verdad? ¿A qué otra parte podría ir dado su estado de soltería? No era como si...

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó, desconfiada.

—No, claro que no —dijo él, pero sonriendo.

—No es divertido. No tengo otra opción. Tengo que ir a pasar la temporada. Estoy desesperada.

—Desesperada —repitió él, con expresión dudosa.

Esa expresión era frecuente en su cara.

—Tengo que encontrar marido este año —dijo.

Notó que se le movía la cabeza en gesto negativo aunque no sabía a qué podría querer poner objeciones. Su situación no era muy diferente de la de muchas de sus amigas. No era la única damita que esperaba casarse. Pero no buscaba marido para poder admirar el anillo en su dedo ni revolcarse en la gloria de su situación como una guapa señora joven. Deseaba tener su casa. Una familia, una familia numerosa, e hijos bulliciosos a los que no les importara demasiado los modales.

De hecho, estaba harta del silencio que se había apoderado de su casa. Detestaba el sonido que hacían sus pasos en el suelo; detestaba que ese fuera el único ruido que oía en toda una tarde.

Necesitaba un marido. Esa era la única solución.

—Ah, vamos, Honoria —dijo Marcus, y ella no necesitó mirarle la cara para saber qué expresión tenía: de condescendiente superioridad y escepticismo, con un pelín de hastío—: Tu vida no puede ser tan horrorosa.

Ella apretó los dientes. Detestaba ese tono.

—Olvida lo que dije —masculló, porque, de verdad, no valía la pena intentar explicárselo.

Él soltó el aliento e incluso en eso consiguió ser condescendiente.

—No creo que vayas a encontrar marido aquí —dijo.

Ella apretó los labios, lamentando haber sacado el tema.

—Los estudiantes son demasiado jóvenes —continuó él.

—Tienen mi misma edad —dijo ella, cayendo limpiamente en la trampa.

Pero Marcus no se relamió; él no era así.

—Por eso estás aquí en Cambridge, ¿verdad? ¿Para charlar con los estudiantes que aún no se han ido a Londres?

—Ya te lo he explicado —contestó ella, mirando resueltamente hacia delante—. Vinimos a escuchar unas clases.

Él asintió.

—En griego.

—Marcus.

Él sonrió. Aunque en realidad no era una sonrisa visible. Marcus era siempre tan serio, tan rígido, que una sonrisa de él sería una media sonrisa seca en cualquier otra persona. ¿Cuántas veces sonreiría sin que nadie lo notara? Ella tenía suerte de conocerlo tan bien. Cualquier otra persona lo creería totalmente falto de humor.

—¿A qué se debe eso? —preguntó él.

Ella lo miró sorprendida.

—¿A qué se debe qué?

—Esos ojos en blanco.

—¿Qué?

La verdad, no sabía si había puesto los ojos en blanco. Pero, peor aún, ¿por qué la estaba mirando con tanta atención? Era Marcus, por el amor de Dios.

Miró por la ventanilla.

—¿Crees que ha parado de llover?

—No —contestó él, sin girar la cabeza ni una pulgada.

Pero claro, no tenía por qué. La pregunta fue estúpida; sólo la hizo para cambiar de tema. La lluvia seguía cayendo sin piedad sobre el coche.

—¿Te llevo a la casa de los Royle? —preguntó él amablemente.

—No, gracias. —Alargó un poco el cuello por si lograba ver el interior de la tienda de la señorita Pilaster a través del cristal de la ventanilla, la lluvia y el cristal del escaparate. No logró ver nada, pero puesto que ese era un buen pretexto para no mirarlo a él, continuó admirando el espectáculo—. Dentro de un momento iré a reunirme con mis amigos.

—¿Tienes hambre? —preguntó él—. Pasé por Flindle hace un momento y tengo unos cuantos pasteles envueltos para llevar a casa.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿Pasteles?

No dijo la palabra; más bien la suspiró, o tal vez la gimió. Pero no le importó. Él sabía que los dulces eran su debilidad; él era igual. A

Daniel nunca le habían gustado particularmente los postres y, cuando eran niños, más de una vez Marcus y ella se habían sentado acurrucados ante un plato con pasteles y galletas.

Daniel decía que parecían un hatajo de salvajes, y eso hacía reír a Marcus a carcajadas. Ella nunca entendió por qué.

Él se agachó y sacó algo de una caja que tenía a los pies.

—¿Sigues gustándote el chocolate?

—Siempre. —Sonrió, pensando en esa afinidad; y tal vez por la expectación también.

Él se echó a reír.

—¿Te acuerdas de esa tarta que hizo la cocinera...?

—¿Aquella en la que se metió el perro?

—Yo casi lloré.

Ella hizo un mal gesto.

—Creo que yo sí lloré.

—Yo alcancé a probar un bocado.

—Yo no —dijo ella, evocadora—. Pero olía divina.

—Ah, sí —dijo él; daba la impresión de que el recuerdo le hubiera producido una especie de éxtasis—. Divina.

—¿Sabes?, siempre pensé que Daniel pudo tener algo que ver con que *Buttercup* entrara en casa.

—Seguro que sí —convino él—. La expresión de su cara...

—Espero que le dieras una paliza.

—Hasta casi matarlo —le aseguró él.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Pero ¿no hasta matarlo?

Él sonrió también.

—No, en realidad.

Riéndose por el recuerdo, le presentó un pequeño rectángulo de pastel de chocolate, precioso y marrón, sobre un trozo limpio de papel blanco. Olía divino.

Haciendo una honda inspiración de felicidad, Honoria sonrió.

Entonces miró a Marcus y volvió a sonreír. Porque durante un momento se había sentido ella misma otra vez, esa niña que había sido

sólo unos años atrás, cuando tenía el mundo por delante, una reluciente esfera que brillaba con promesa. No se había dado cuenta de que echaba de menos esa sensación, la de formar parte de algo, la de sentirse en casa, la de estar con una persona que la conocía absoluta y totalmente y que, aún así, seguía encontrando valioso reír con ella.

Curioso que fuera Marcus el que la hacía sentirse así.

Y en muchos sentidos, no era curioso en absoluto.

Cogió el pastel de la mano de él y lo miró interrogante.

—Por desgracia no tengo ningún tipo de utensilio —se disculpó él.

—Podría provocar un desastre terrible —dijo ella, con la esperanza de que él entendiera que lo que quería decir era «Dime, por favor, que no te importa que deje migas desperdigadas por todo tu coche».

—Yo voy a comer uno también —dijo él—, para que no te sientas sola.

Ella trató de no sonreír.

—Eres muy generoso.

—Estoy segurísimo de que ese es mi deber de caballero.

—¿Comerte un pastel?

—Es uno de los más atractivos de mis deberes de caballero.

Ella se rió y tomó un bocado.

—Ah, caramba.

—¿Está bueno?

—Divino. —Tomó otro bocado—. Y con eso quiero decir más que divino.

Él sonrió de oreja a oreja y de un solo bocado se devoró la mitad del pastel. Y mientras ella lo miraba algo sorprendida, se metió la otra mitad en la boca y ya está.

El pastel no era muy grande, pero de todos modos. Ella tomó otro bocado pequeño, con el fin de hacerlo durar.

—Siempre hacías eso —dijo él.

Ella lo miró.

—¿Qué?

—Te comías lentamente el postre, sólo para torturarnos a los demás.

—Me gusta hacerlo durar. —Lo miró traviesa y encogió un solo hombro—. Si te sientes torturado por eso, es problema tuyo.

—Cruel —musitó él.

—Contigo, siempre.

Él volvió a reírse y a ella la impresionó lo distinto que era en privado. Era casi como si tuviera de vuelta al antiguo Marcus, aquel que prácticamente vivía en Whipple Hill. Lo cierto es que era un miembro más de la familia, e incluso participaba en sus horriblas pantomimas. Siempre hacía de árbol y, por lo que fuera, eso siempre la había divertido.

Le gustaba ese Marcus. Adoraba a ese Marcus.

Pero ese Marcus había estado ausente esos últimos años, reemplazado por el hombre silencioso y ceñudo al que el resto del mundo conocía como lord Chatteris. Era triste, en realidad. Por ella, pero tal vez principalmente, por él.

Terminó de comerse el pastel, tratando de no hacer caso de la expresión divertida de él, y luego cogió el pañuelo que él le ofrecía para limpiarse las manos.

—Gracias —dijo, devolviéndoselo.

Él simplemente asintió, queriendo decir «De nada». Entonces dijo:

—¿Cuándo vas a...?

Lo interrumpió un fuerte golpe en la ventanilla por el lado de él.

Ella miró para ver quien golpeaba.

—Con su perdón, señor —dijo un lacayo uniformado con una librea conocida—. ¿Ella es lady Honoria?

—Sí.

Honoria se inclinó hacia la ventanilla.

—Es... esto... —Bueno, no sabía su nombre, pero era el lacayo que había acompañado a su grupo en la excursión de compras—. Es de los Royle. —Dirigiendo una rápida y torpe sonrisa a Marcus, se levantó y luego se agachó para poder bajar del coche—. Debo irme. Mis amigas me estarán esperando.

—Mañana pasaré a verte.

Ella se quedó inmóvil, agachada como una vieja.

—¿Qué?

Él arqueó una ceja, a modo de fingido saludo.

—Supongo que eso no le molestará a tu anfitriona.

¿Que a la señora Royle le iba a molestar que un conde soltero que aun no tenía treinta años visitara su casa? Le resultaría difícil intentar impedirle que organizara un desfile.

—Seguro que será muy agradable —consiguió decir.

—Estupendo —dijo él y se aclaró la garganta—. Hacía demasiado tiempo que no te veía.

Ella lo miró sorprendida. Seguro que él no pensaba en ella ni una sola vez cuando no estaban los dos pavoneándose durante la temporada en Londres.

—Me alegro de que estés bien —dijo él entonces, abruptamente.

Por qué encontró tan inesperadas esas palabras no podría ni empezar a explicarlo, pero las encontró.

De verdad, lo fueron.

Marcus se quedó mirando a Honoria atravesar la calle acompañada por el lacayo, hasta que entraron en la tienda. Entonces dio tres golpes en la pared, indicándole al cochero que continuara.

Lo había sorprendido verla en Cambridge. No vigilaba de cerca a Honoria cuando ella no estaba en Londres, pero de todos modos pensaba que debería haber sabido que ella iba a venir a pasar unos días tan cerca de su casa.

Tal vez debería comenzar a hacer planes para ir a Londres a pasar la temporada. No mintió cuando le dijo que tenía asuntos que atender ahí, aunque a lo mejor habría sido más exacto decir que sencillamente prefería continuar en el campo. No había nada que hiciera necesaria su presencia en Cambridgeshire, sólo que muchas cosas se le hacían más fáciles estando ahí.

Por no decir que detestaba la temporada. La detestaba. Pero si Honoria estaba tan resuelta a conseguir un marido, él iría a Londres a asegurar que no cometiera un error irreparable.

Después de todo, había hecho una promesa.

Daniel Smythe-Smith había sido su más íntimo amigo. No, su único amigo, su único verdadero amigo.

Mil conocidos y un solo verdadero amigo.

Así era su vida.

Pero Daniel estaba en alguna parte de Italia, si seguía vigente lo que le escribió en su última carta. Y no era probable que volviera, mientras el marqués de Ramsgate continuara empeñado en vengarse.

En qué maldito enredo se había convertido todo aquel asunto. Él le advirtió seriamente que no jugara a las cartas con Hugh Prentice. Pero no sirvió de nada; Daniel simplemente se rió, resuelto a probar. Prentice siempre ganaba. Siempre. Era condenadamente inteligente, todo el mundo lo sabía. Matemáticas, física, historia; acababa dándoles clases a los profesores de la universidad. Hugh Prentice no hacía trampas en las cartas, simplemente ganaba siempre porque tenía una memoria fenomenal y una mente que veía el mundo en patrones y ecuaciones.

Al menos eso le explicó Hugh cuando eran compañeros de estudios en Eton; la verdad, todavía no entendía qué quiso decir con eso. Y eso que él había sido el segundo mejor alumno en matemáticas. Pero comparado con Hugh... Bueno, no había comparación posible.

Nadie que estuviera en su sano juicio jugaba a las cartas con Hugh Prentice, pero Daniel no estaba en su sano juicio. Estaba algo borracho y también algo atolondrado, por una chica a la que acababa de llevarse a la cama, por lo tanto se sentó a jugar con Hugh.

Y ganó.

Ni siquiera él, Marcus, fue capaz de creerlo.

Y no era que creyera que Daniel había hecho trampas. Nadie creía que Daniel hiciera trampas. Le caía bien a todos; todos se fiaban de él. Pero claro, nadie le ganaba jamás a Hugh Prentice.

Pero Hugh había estado bebiendo. Daniel había estado bebiendo. Todos habían estado bebiendo, así que cuando Hugh volcó la mesa y acusó a Daniel de hacer trampas, se armó el alboroto en la sala.

Hasta ese mismo momento no sabía qué fue lo que se dijeron, pero a los pocos minutos quedó acordado: Daniel Smythe-Smith y Hugh Prentice se encontrarían al alba, en un duelo con pistolas.

Y si había suerte, a esas horas ya estarían lo bastante sobrios para comprender su idiotez.

Hugh disparó primero y la bala le rozó el hombro izquierdo a Daniel. Y mientras todos comentaban que lo educado habría sido disparar al aire, Daniel levantó su pistola y disparó.

Y la bala de Daniel, condenación, Daniel siempre había tenido mala puntería, se enterró en la parte superior del muslo de Hugh. Salió tanta sangre que sólo recordarlo le produjo náuseas. El cirujano gritó. La bala había perforado una arteria; ninguna otra cosa habría producido ese torrente de sangre. Durante tres días la preocupación fue si Hugh viviría o moriría; nadie daba mucho por la pierna, pues tenía el fémur destrozado.

Hugh vivió, pero ya no podía caminar sin un bastón. Y su padre, el poderosísimo y furiosísimo marqués de Ramsgate, juró que llevaría a Daniel ante la justicia.

De ahí la huida de Daniel a Italia.

De ahí también su petición en el último momento, con la voz resollante, para que le hiciera la promesa, pues estaban en el muelle y el barco estaba a punto de zarpar, cuando le dijo:

«Cuida de Honoria, por favor. Vigíla. Encárgate de que no se case con un idiota».

Lógicamente, él dijo que sí; ¿qué otra cosa podría haber dicho? Pero nunca le había hablado a Honoria de la promesa que le hiciera a su hermano. Buen Dios, eso habría sido un desastre. Ya era difícil seguirle los pasos y observarla sin que ella lo supiera. Si llegaba a saber que él hacía el papel de padre, se enfurecería. Lo último que necesitaba era que ella intentara frustrarlo.

Y lo intentaría, no le cabía duda.

Aunque Honoria no era voluntariosa u obstinada adrede. En general era una chica muy sensata. Pero incluso la más sensata de las mujeres se ofende cuando considera que la están mangoneando.

Así pues, la observaba desde lejos y, discretamente, había ahuyentado a uno o dos pretendientes.

O a tres.

O tal vez a cuatro.

Se lo había prometido a Daniel.

Y Marcus Holroyd no faltaba a sus promesas.